

# Femenino

Carlos Moguillansky

*Un paciente transexual le dice a su analista:  
“¿Quién delira? ¿Yo, pensando que soy una mujer?  
¿O usted, pensando que soy un hombre?”*

## Definición de la extensión de femenino

La cuestión de lo femenino suscita un amplio debate actual y se ha prestado a los malentendidos propios de su confusión con la cuestión de la mujer. Ella es un ser real, biológico, social y político y sus derechos merecen ser respetados, tanto en la igualdad del acceso al bienestar social como en sus diferencias con el hombre -debidas a su distinta aptitud biológica. Femenino, en cambio, es un hito simbólico del individuo, en relación con la elección y la posición sexual que adopta respecto de sus semejantes. Al ser una referencia simbólica, trasciende lo real y sólo puede ser buscada en el mapa que describe al territorio, pues de otro modo, se caería en la conocida concreción epistémica que busca hallazgos anatómicos, fisiológicos o ético-morales para explicar diferencias que sólo existen en el plano simbólico de un individuo o de una comunidad determinada.

Esa distinción tiene importancia en una exploración psicoanalítica, que se orienta por el origen y desarrollo del deseo inconsciente: de ser y gozar. Lo femenino no se muestra directamente en las trazas

donde su eficacia se manifiesta. Tanto el modelo -en el deseo de ser de la identificación- como el señuelo sexual -en el deseo de gozarse plasman sobre un hito simbólico que se desplaza y sólo puede ser inferido por sus efectos. El modelo identificatorio y el señuelo sexual son imágenes reales que prestan su contorno para efectuar el deseo, mientras que lo femenino trasciende su presencia y sólo una grosera concreción imaginaria permitiría una confusión entre su función de símbolo y sus efectos en aquellos.

Dicha concreción se agudiza cuando el debate se desliza a una polémica política. En ese caso, los argumentos ligan las referencias simbólicas a *slogans*, emblemas o perspectivas ideológicas y, en el calor de la polémica, alguno cree que el *slogan* es lo mismo que la idea que lo trasciende y las ideas se ligan a casillas plenas, con un contorno que las distingue de los argumentos adversarios. Esa función es muy útil en el nivel en que dichos argumentos se originan, pues permite que las diferencias sean más visibles, pero crea un horizonte demasiado nítido que impide localizar la función simbólica que subyace a ellos. Femenino pierde su abstracción simbólica y se concretiza en un objeto material, cada vez que por proyección o idealización se lo transforma en el emblema -necesariamente imaginario- de algún Ideal del Yo determinado.

En un estudio psicoanalítico, femenino es un punto de reparo, que se segrega de la casilla pretendidamente plena que define a mujer. Allí reside el problema central del malentendido: al idealizar la referencia simbólica en un punto emblemático, ella pierde su naturaleza referencial y se concretiza en un material práctico -un slogan o una imagen- que perdió su condición metadiscursiva, pues femenino sirve tanto para hablar de la mujer, del hombre, de una persona transgénero o de un objeto construido.

La condición de femenino es central en la exploración psicoanalítica: en y con ella se ubican las trazas del deseo. La pregunta sobre *qué desea una mujer* no deja en claro qué se propone estudiar y se desliza hacia la intersección de planos sociales, antropológicos, biológicos, políticos y económicos, que definirá qué rasgo de esa mujer teórica se pone en juego en cada condición del estudio, pero en todo

caso, es muy riesgoso hablar en abstracto del deseo de la mujer, en tanto esta noción ha quedado muy impregnada de otras connotaciones.

Se invoca a femenino como referencia cuando se habla del deseo de alguien o de la realización de un deseo en la identificación o en la elección erótica de alguien. Pero el problema teórico surge cuando esa referencia no admite que su extensión se concrete en una definición cristalizada, pues cae en malentendidos entre una teoría de lo femenino y una ginecología, una antropología o una politología de la mujer que, por útiles, justas y necesarias que sean, no comparten el mismo campo explicativo de la primera.

Sin ánimo de polemizar con esas disciplinas, este texto es una exploración psicoanalítica de lo femenino, a partir de los hallazgos que surgen en el desarrollo de la transferencia, en el curso de un análisis. Al ser hallazgos de la clínica, intentan apartarse de las peticiones de principio y prejuicios que pululan sobre el tema, aunque es justo reconocer que ellos son más tenaces que la mejor intención. En mi presentación, decidí sostener mis ideas en un recorrido clínico sobre el análisis de otra analista, para ilustrar el problema de lo femenino con relación al cuerpo real. Y mostrar que él carece de los puntos de certeza y de las referencias plenas que un mapa teórico pretende darle a su territorio sin fronteras. Al reconocer esa limitación científica -que sólo acepta la aproximación objetiva y adecuada de un estudio de lo real- el psicoanalista encuentra en la transferencia al único camino para orientarse en la dificultad que propone el saber de lo subjetivo.

## **Los antecedentes**

El progreso humanista impuso un desarrollo de los movimientos de liberación de la mujer y de la defensa de sus derechos. En paralelo, hubo una mayor visibilidad de las elecciones sexuales que difieren del modelo propuesto por la normótica heterosexual. Al decaer el apogeo de la normalización clásica, se pudo reconocer -desde

mediados del siglo XIX- una serie de elecciones sexuales (Kraft-Ebing, R. 1886<sup>1</sup>; Féré, C. 1888<sup>2</sup>; Havelock Ellis, H. 1897<sup>3</sup>, 1903<sup>4</sup>), que fueron muy populares: autoerotismo, homosexualidad, sadismo, masoquismo. No es que antes no fueran conocidas -la homosexualidad era usual en Grecia y Roma- pero la presión moral que culminó en la cultura victoriana las había proscrito e invisibilizado. El cambio cultural mostró con nitidez la diferencia entre el paradigma de la normótica heterosexual y las otras elecciones, tanto en el deseo de ser como en el de gozar.

El deseo de ser se traduce en la identificación o en la aspiración al modelo de una posición sexual, que puede coincidir o no con la signatura anatómica. Y el deseo de gozar propone la elección de un partenaire sexual, que puede responder o no a la decisión normótica para esa identificación que, a su vez, podría no coincidir con la signatura anatómica. Los dos criterios -asentados en el deseo de ser y elegir- generan una amplia serie de posibilidades eróticas (Freud, S. 1905<sup>5</sup>, 1921<sup>6</sup>).

Esos grupos exigieron un justificado reconocimiento, que se tradujo en cambios en la regulación de su derecho a la justicia y su acceso a la salud y al bienestar.

Se hizo visible que la elección de la posición y del partenaire sexual dependen en exclusiva del modo en que se dio la constelación del deseo parental y el desarrollo subjetivo del individuo. Esa institución tiene un amplio margen de variación en el curso de su propia historia, según ella se altere por imposición de la misma vida, pero tiene un ancla en el *Complejo de Edipo*, instituido en la infancia del individuo.

---

<sup>1</sup> Kraft-Ebing, R. (1886): *Psicopathia sexualis. Eine Klinisch-Forensische Studie*. Stuttgart, Enke.

<sup>2</sup> Féré, C. (1888): *Dégénérescence et criminalité., essai physiologique*. Paris, Alcan.

<sup>3</sup> Ellis, H. (1897): *Sexual inversion*. Gutenberg: PDF.

<sup>4</sup> Ellis, H. (1903): *Analysis of the Sexual Impulse, Love and Pain, The Sexual Impulse in Women*. Gutenberg: PDF

<sup>5</sup> Freud, S. (1905): *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*. Wien: 1905; G.W., Bd 5:27.

<sup>6</sup> Freud, S. (1921): *Massenpsychologie und Ich-Analyse*. Wien.

La distinción entre los deseos de ser y de gozar admite que las variedades del erotismo afectan en distinto grado el ser y la elección sexual, y generan un efecto paralelo en la estructura narcisista y sexual. La aspiración -propia del ser- busca cambios, que pueden llegar a la corrección cosmética del cuerpo, al que se lo ve inadecuado respecto de la aspiración sexual. La corrección quirúrgica transexual es un extremo de las correcciones cosméticas, dietéticas, deportivas y quirúrgicas que se han normalizado en la práctica y son usuales en la modernidad. El poder correctivo de dichas técnicas ha determinado retroactivamente un criterio político nuevo sobre la evaluación del género y los derechos de la elección trans-genérica. Esos criterios políticos han cobrado una decisiva importancia actual. Sin embargo, espero que no afecten un sano debate sobre lo femenino, como un hito simbólico, que surge en el estudio de la elección sexual, y que no pretende menoscabar los derechos de nadie, sino acrecentar nuestro saber sobre el tema.

Femenino se corre asintóticamente en el mapa del territorio sexual, para referir las distintas variaciones eróticas que cada individuo asume en su deseo de ser y de elegir su partenaire. Su valor de referencia puede o no coincidir con lo establecido por un individuo, un grupo o una sociedad como la mujer y, de hecho, el lenguaje usual define matices -en el hombre y en la mujer- respecto de lo que se considera femenino.

## Los hechos clínicos

A modo de homenaje, retomo el comentario sobre el reporte que hizo D. Quinodoz hace años (2002<sup>7</sup>; Mogueillansky, C. 2002<sup>8</sup>) sobre su análisis de Simon/e. La frase que sirve de epígrafe a este texto pone de manifiesto la inconsistencia de la determinación real de lo

---

<sup>7</sup> Quinodoz, D. (2002): Finalización del análisis de un/a paciente transexual: un ejemplo de validez general. *The Int. Journal of Psycho-Analysis*, Vol. 83:783. *Psicoanálisis*, Vol. XXV:349, 2003.

<sup>8</sup> Mogueillansky, C. Comentario sobre el trabajo de D. Quinodoz. *Ibíd.*

femenino (y lo masculino). El material de Quinodoz se presta para esta exploración, pues esa inconsistencia hace síntoma de entrada en la dificultad para darle al paciente un nombre definido y exige la barra que oscila entre Simon y Simone. Lo simbólico se pasma ante su singular deseo de ser. El síntoma no es de Simon/e, sino del sistema simbólico en general, pues éste no tiene un casillero pleno para designar lo que Simon/e desea ser. Este hecho traerá consecuencias en Simon/e y en las ideas teóricas y psicopatológicas sobre su posible diagnóstico pues, a partir de lo que Simon/e desea ser, surgen las ideas de delirio y de psicosis, debido a que la cosmética “insólita” que desea imprimir a su cuerpo -a partir de su deseo de ser- choca con el sentido común de los demás.

Aunque se dice en la clínica sexual moderna que “la anatomía es el destino”, todo indica que la determinación sexual ocurre en otro ámbito. Femenino y masculino son referencias trascendentales. Al igual que los puntos cardinales norte, sur, este u oeste no se anclan en la geografía que definen. ¿Dónde ubicarlos con seguridad, si se corren a cada paso y llegan a ocupar el lugar donde antes se ubicaba la referencia opuesta? ¿Cómo definir femenino, si cualquiera de sus cualidades se desliza en el plano del Ideal del Yo y superpone con masculino? Simon/e señala con elocuencia que la noción de género incurre en una certeza tan delirante como la del transexual, pues es tan arbitraria como ella. El género sirve a los fines de una estratificación social o jurídica, pero no da cuenta de la elección sexual, en su dimensión subjetiva. La discusión sobre neosexualidad -a partir del estudio sobre sexo y género de R. Stoller (1968<sup>9</sup>)- tuvo un marcado carácter socio-céntrico, definido por las cualidades marcadas en el *ethos* de una sociedad y alejado de un estudio meta-psicológico. Y su clínica fenoménica no explica las cuestiones meta y psicopatológicas que se asocian a su diagnóstico (Moguillansky, C. 2002<sup>10</sup>).

Simon/e tiene un desempeño adecuado y responsable en su discurso y en su vida social, pero delira a propósito de su cuerpo y su

---

<sup>9</sup> Stoller, R. (1968): *Sex and Gender*, London, Karnac.1984

<sup>10</sup> Moguillansky, C. (2002) “Exploración de un caso de travestismo” en *Adicción y Perversión*. Ed Lumen. Bs As

sexo. ¿Da esto razón para pensar en una psicosis? Coincido con Quinodoz en señalar que no. El proceso analítico de Simon/e y su cuestión viril revelan fantasías que confluyen en su síntoma: “*no has de ser varón, pues ser varón implica...*” ¿Habremos de abandonar el terreno de las neurosis si su síntoma conduce a Simon/e a sufrir una emasculación? Su propósito cosmético repara un cuerpo a tono con las exigencias de su Ideal del Yo y su intención no difiere de otras maniobras quirúrgicas realizadas según el afán estético o una larvada dismorfofobia. El alcance de la certeza y su vínculo con el juicio de realidad pone la cuestión del sentido común en juego. La dificultad para definir lo femenino y lo masculino tiene su paralelo cuando se traza el límite entre las neurosis y las psicosis, pues ambas incurren en trastornos de dicho juicio (Freud, S. 1924<sup>11</sup>). En todo caso no encontraremos la solución ni en el monto de la violencia clínica ni en la certeza delirante de una decisión.

Como muchos -y aquí debemos incluir a los pacientes y estudiosos del problema- Simon/e resolvió definir su sexo en la consistencia de la anatomía. Le pidió a un cirujano que le quitara su pene. Y puede sostenerse con firmeza que deseaba “no ser varón” en vez de “ser mujer” pues la analista advierte sobre el peso de su creencia fálica, que lo llevó a creer que existe sólo un sexo: el masculino. En este caso, es curioso el destino de un emblema viril que ha sido ostentado y asumido por su madre y desestimado por su padre. La emasculación pone a Simon/e en una posición similar a la de su madre, como extraña solución a un más extraño teorema, que exige perder el pene para acceder a la condición fálica. En su gesto arriesgado, Simon/e derrumbó la equívoca sinonimia entre fálico y viril.

La cuestión sobre femenino y masculino trasciende una solución -antropológica, política o social- sobre las referencias de género y pone en su lugar, virtualmente de cabeza, a la cuestión fálica. Esta última queda fijada alrededor del falo poseído por la madre, quizás el único falo que merezca el nombre de tal: *el pene ilusorio de la*

---

<sup>11</sup> Freud, S. (1924): Der Realitätsverlust bei Neurose und Psychose. *Internat. Zschr. Psychoanal.*, Bd. 10: 374.

**madre fálica** (Freud, 1925<sup>12</sup>; Freud, S. 1927<sup>13</sup>) Nada más lejos de lo que un machismo mal entendido o un feminismo -tan machista como el anterior- definiría como un emblema viril, pues gira en torno del fantasma de un pene ilusorio, que instituye el problema del fetiche y el de la elección sexual, en tanto resuelve lo que se da en llamar la falta fálica de la mujer -y del hombre sujetado, como veremos en lo que sigue- y define lo que hay que ser u ofrecer en el cortejo sexual. El falo es esa nada que se escabulle, cada vez que alguien pretende ser como su imagen o la ofrece como señuelo de un posible goce, en la medida en que esa ilusión de una imago completa -propuesta por dicha madre fálica- sólo es eso: una fantasía que se esfuma cada vez que se la quiere articular en la práctica, como solución de un quimérico completamiento fálico que, en rigor, sólo es una ilusión narcisista. Por esa razón, la *penis neid* -envidia del pene- distingue a quien carece de ese falo ilusorio y se auto titula como castrado, como contrapartida de la angustia de castración, que caracteriza a quien pretende poseer una potencia fálica que no tiene ni controla. Femenino y masculino se segregan del discurso imaginario que propone el complejo de castración y se erigen como polos de una nueva ecuación, que surge en el final del Complejo de Edipo como solución a la desilusión de la hija frente a la castración de su madre fálica (Freud, S. 1925<sup>14</sup>). El falo, resignado tras ese duelo, es recuperado como promesa de un hijo, en la unión de dos seres incompletos -la niña y su padre- quienes se erigen como evocación de lo femenino y lo masculino, en la terceridad que surge desde el producto sexual de la cópula. La *techné* reproductiva y la cosmética sexual podrán fabricar y reemplazar todas y cada una de las aptitudes segregadas de la diferencia sexual -el semen, el óvulo, el huevo, el embrión, la matriz gestante, el órgano mamario, etc.- pero quedarán, sin embargo, femenino y masculino como los dos polos evocativos de la pareja genésica, que da vida y cría al ser humano de la próxima generación.

---

<sup>12</sup> Freud, S. (1925) Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds. *W. Band XIV*. Frankfurt. Fischer Verlag, 2006.

<sup>13</sup> Freud, S. (1927) Fetischismus. *G. W. Band XIV. Ibid.*

<sup>14</sup> Freud, S. 1925. *Ibidem.*



Sin ellos, es difícil imaginar no sólo el futuro biológico de nuestra especie, sino la naturaleza de su vida emocional. Está claro en este recorrido que los meandros de la cuestión fálica coalescen con la ilusión de completamiento narcisista, pero ello no debería confundirnos a la hora de distinguir la noción de femenino de la dimensión fálica, toda vez que la circulación fálica se propone como un fantasma posesivo -tener o dar el falo- que completaría una supuesta ilusión narcisista y femenino sólo es un tiempo sexual. Éste surge como la consecuencia implícita del descentramiento del falo de su rol usual de posesión y de la ubicación de la cuestión fálica en la ilusión igualmente implícita de la obra sexual. El predominio de la sexualidad infantil en la institución subjetiva suele tender la trampa de la confusión de lengua entre la idea fálica de la organización genital infantil y el tiempo efímero de femenino como idea cardinal de una cópula sexual en la organización genital adulta. Llevar la confusión entre ambas concepciones sexuales a una disputa entre casillas llenas -tal como sucedería si estas mismas ideas se proponen en el terreno de una disputa política o de un debate científico- conduce a un malentendido que aquí se pretende evitar.

Esas casillas llenas se generan cada vez que la dimensión simbólica de fálico y de femenino se concretizan en un plano imaginario, tal como ocurre en el fetiche. Esa concreción trastorna la nada de esas referencias simbólicas que circulan en un objeto que se da o se quita. Por ello, femenino surge cuando la niña se dirige al padre incompleto quien, lejos de regalarle el falo que la madre fálica no le dio, se propone como el par incompleto de una cópula que trasciende en su obra fálica: el bebé. El falo circula. Nadie lo quita ni lo regala, pues no hay nada que dar. La ecuación que Freud propone entre *falo=heces=bebe* es desde luego una ecuación simbólica entre representaciones de un mismo valor fálico; ella se concretiza cada vez que se desliza hacia una ecuación entre objetos, tal como Freud concluye al incluir la idea de regalo. Ese deslizamiento está en la base de los malentendidos entre la idea abstracta de femenino y sus derivaciones imaginarias u objetales.

Las aguas se dividen, según se privilegie la actitud política -que vale en el terreno jurídico y social- o se refiera a la posición de una persona frente a su fantasma. Si la primera es esencial en toda discusión posible sobre los derechos económicos, políticos o sociales de la mujer, la segunda es indispensable en una discusión de los resortes de la elección sexual. Ambos terrenos corresponden a dos planos que resultan diferentes, tanto en la naturaleza del objeto que se discute como de las leyes que lo rigen. Esa diferencia se hizo ostensiva en la solución que se propuso Simon/e, quien buscó resolver en la certeza anatómica-quirúrgica su cuestión viril.

Simon/e no pudo evitar el fracaso de ese primer intento de “*no ser varón*” pues la cuestión viril proseguía en sus deseos, sueños y recuerdos. En la víspera de otra cirugía cayó en el lugar que nunca había abandonado y que su analista definió con claridad: *Simon/e buscó en la supuesta adecuación de un cuerpo fabricado la solución a su posición sexual, jaqueada por su inadecuación.*

Quinodoz describe el uso de una lógica concreta, similar a la que está implícita en la noción de género.

Ambas proponen términos plenos, para resolver -sin éxito- la inconsistencia de la posición sexual. Simon/e intentó fabricar en un cuerpo “perfecto y definido” la adecuación que la hiciera aceptable. ¿Para quién? En primer lugar, para su deseo manifiesto, pues debía no ser varón. Pero su desesperación espera en vano una aceptación ajena siempre diferida e incierta, cuando no negada con violencia. Simon/e barrunta si no fue por su condición de varón que su madre lo dejó caer cuando era niño. El fracaso de Simon/e ilumina el uso del sexo para resolver un dilema del ser e ilustra hasta dónde se puede llegar en el deseo de estabilizar una identificación.

La cuestión no es menor: cuál es el término que decide: ¿deseo ser o gozar? ¿Qué se anticipa a qué? ¿Somos según gozamos o deseamos según somos? ¿Qué surge antes en el cruce entre la genealogía y el deseo? ¿Dónde se ubica el objeto del deseo respecto de la identificación posible? Las preguntas evocan los puntos cardinales en la estructuración subjetiva, cuya naturaleza trasciende una cuestión política, por importante que ella sea. No se trata de defender igualdades

necesarias, sino de reconocer la razón que instituye las diferencias y que causa o condiciona la elección de la posición sexual. Simon/e ilustra que esa ecuación tiene más de un factor. Se propuso ser de un cierto modo y reconstruir su cuerpo, para así ser aceptado por la mujer de su deseo. Su creencia imaginó una solución concreta: “*esa mujer no lo aceptó porque tenía un cuerpo fallido: el de un varón*”. En su creencia, sólo había un paso para arribar a la solución cosmética quirúrgica.

La solución radical a su problema se resolvía al acceder al cuerpo deseado por su madre, según lo sostenía su teoría infantil. Deseó ser lo que creyó que debía ser, para un ser que, como todos los referentes subjetivos, era una fantasía construida en la infancia. El psicoanálisis probó esta aserción en innumerables ocasiones. Pero esa imago de la fantasía no debe ser elevada al carácter de una ley social ni de un mandato jurídico; sólo es el resultado de una configuración fantasmática, tal como ocurre en la generalidad de los casos. ¿Por qué Simon/e eligió la solución de un cuerpo correcto, en vez de deprimirse, enojarse, ser un poco afeminado u otras variantes igualmente posibles en la elección de neurosis? Se pueden argüir muchas razones - muchas de ellas válidas- pero ninguna va a dar una respuesta sobre lo femenino, ni en el terreno del género ni en el del sexo.

La solución no pudo ser más desesperante. Simon/e no resultó una mujer y ya no era un hombre. Como era de esperar, había caído fuera de la pretendida plenitud encasillada de su lógica utópica. Las casillas no aportan la consistencia que proclaman. Sin embargo, surgió un saldo fecundo: ¿Simon/e era el impensable monstruo tal como llegó a sentirse? No, descubrió que era sencillamente Simon/e. Y eso es un hallazgo que ninguna teoría del género resuelve, por mucho que apele a pretendidas teorías de la complejidad, que ahora descubrieron los psicoanalistas!

Debía encontrar quién era y qué deseaba a partir de las evidencias que el análisis le aportara. Su travesía por la utopía del género lo había arrojado a una condición anómala; Simon/e estaba mutilado y sólo podía denominarse transexual. Pero había adquirido un saber sobre la inconsistencia de la posición sexual, no sólo la suya. Por ello

puede decirle a su analista la frase del epígrafe: “¿quién delira? ¿Yo, pensando que soy una mujer o usted, pensando que soy un hombre?”.

La analista escribe su texto cuando comprende -junto a Simon/e- un hallazgo del análisis: el “*sentimiento de ser una persona entera no depende de la integridad del cuerpo*”. La convicción de sentirse una persona entera trasciende la falsa plenitud de una casilla precocida por una cultura determinada.

Simon/e desestima la solución quirúrgica al advertir que “la lista de las posibles operaciones puede alargarse y faltará siempre lo esencial”. Lo que Simon/e llama lo esencial es una idea a la que se llega después de un cierto recorrido. Hizo falta desechar las opciones facilistas, desmontar alguna desmentida, reconocer que no sirven los atajos. La utopía plena de un cuerpo fabricado caducó y Simon/e decide analizar los inciertos resabios de su posición sexual. Se acerca el fin de análisis.

La analista piensa que si introduce la realidad psíquica podría atraer la atención de Simon/e sobre lo que sentía de femenino y masculino y no sobre lo que sabía o había aprendido. Al fin prevalece la emocionalidad sexual respecto de la escisión y la desmentida. La respuesta, incongruente en apariencia, de Simon/e no pudo ser más elocuente: “*emocionar a los tipos es acaso ser mujer? Estoy furiosa con usted*”. Su respuesta reubica al sexo en una doble vertiente: ahora es innegable el papel de la emocionalidad; y da una visión del lugar de la madre, como alguien incompleto y deseante, que desea excitar a los tipos. Eso es tan impensado como impensable.

La lógica de la aceptación materna buscada con su cosmética transexual quedaba pasmada y desubicada ante una analista que propone la realidad del deseo sexual de la madre por los tipos. ¿Cómo puede ser que esa mujer deseara a ese tipo?

Simon/e había desmentido que ese padre anodino y femenino fuera deseado por la madre. Recuperarse de ese retorno y concebir esa posibilidad lo enfurece, pues demuele su lógica narcisista. Este descubrimiento provoca un cambio copernicano en ese análisis e inaugura el escenario para una nueva concepción de femenino.

## **Del ser que posee al usuario que dispone transitoriamente de una potencia**

El cambio de la lógica narcisista por la lógica sexual redistribuye contenidos. El carácter narcisista de la ilusoria posesión fálica se muda hacia el rol sexual de un factor que distribuye diferencias funcionales, alrededor de la lógica que instituye el obrar y la obra. Esa mudanza, entrevista por Freud en el ingreso de la mujer a la lógica del Complejo de Edipo, implica la caída de la creencia en la posesión fálica de la madre fálica pre-edípica y el traslado del valor fálico al bebé anhelado con el padre. Si la ecuación simbólica *pene=heces=bebé* se desliza hacia la igualdad de objetos poseídos, sólo hay un paso hacia la atribución narcisista de su posesión. La lógica de la creación de un ser tercero -independiente y semejante a quienes lo crean- que es realizada en la cópula sexual entre dos seres incompletos, produce un cambio de lógica, tanto en la concepción del ser de cada uno de los personajes como en la idea de una posesión posible, que se torna en el rol de un usuario de una potencia tan efímera como transitoria. Estas dos concepciones del ser y del usar cimentan la lógica de las generaciones y el lugar de lo femenino como uno de los factores de esa cadena de transmisión de seres y de usuarios. Del otro lado, la coagulación del ser y del usar en una posesión congelada -tal como sucede en la creencia en la imago de la madre fálica- implica una lógica del narcisismo, que gira alrededor de una posesión fetichista. Debe hacerse notar que, en esta instancia, las ideas de creencia, posesión fálica y poder fetichista remiten a las defensas de desmentida y de escisión del Yo, que Freud descubrió por la misma época en la que estudiaba a la feminidad.

Simon/e reubica la cuestión sobre el eje de su persona y los arreglos cosméticos de ayer se vuelven pérdidas valiosas de ahora. Ya no se trata sólo de las pérdidas anatómicas, sino de los arreglos hechos en aras de un deseo -y de la creencia que lo acompaña- narcisista materno que ha sido abandonado. El cambio de eje lo torna a Simon/e dueño de sí mismo. La cuestión del ser es evidente y redefine sus perspectivas y su nuevo modo de ver los mismos hechos.

También le propone nuevas maneras de desear y de valorar su vida. El deseo es inmortal, pero adquiere perspectivas nuevas en el curso de la experiencia.

La referencia a algo propio de sí (Moguillansky, C. 2002 /09<sup>15</sup>) se ha recuperado de la enajenación en el deseo materno. Este debut vital, similar al que solemos ver en el curso de la adolescencia usual, le aporta un nuevo orden que define quién y qué es de quién en su mundo.

El fiel sexual ordena y discrimina. Y conduce al análisis a desentrañar lo que en verdad desea la madre: esa potencia masculina monstruosa que lo aterrorizaba. Eso no es propio de una psicosis. Con este caso, caen muchos mitos de la teoría sobre la psicosis y sobre lo femenino. No sólo queda claro que el transexualismo no es una psicosis, a pesar de su crucial desmentida de la realidad. También se ve que las imagos del padre y de la madre son mudables en el curso del análisis. Los seres completos en apariencia dan lugar a seres con deseo, que buscan en el otro algo que no tienen. Caen las figuras completas de las imagos. Y junto a ellas caen las casillas plenas de una teoría taxonómica, alejada de la trama sutil de la vida psíquica.

El progreso de la transferencia paterna da el vuelco final al análisis. En el sueño del extraterrestre surgen dos hechos conmovedores: la presencia del padre-policía que interviene cuando Simon/e no puede controlar su sexo y la transición desde el intento de dominar/desembarazarse de su sexo a su domesticación, tornándolo humano y aceptable. El predominio de las defensas narcisistas, presidiadas por la desmentida y la escisión del Yo ceden y dan lugar a una exposición nítida de las tensiones del Complejo de Edipo.

Un sueño maravilloso que ofrece una versión retrospectiva de la operación como un intento de desembarazarse de un sexo terrible, a costa de volverse asexual.

---

<sup>15</sup> Moguillansky, C (2002): “La importancia de lo propio en la práctica analítica”. *Clínica de adolescentes*, Bs. As. Teseo, 2009.

Ser un extraterrestre condensa la anomalía viril monstruosa del padre primordial, el cuerpo martirizado por la emasculación y el retorno de un sexo viril que resulta inmanejable. Ese intento fracasó, pero se transformó en amigable domesticidad, por obra de la referencia a una ley. Simon/e se refiere a ella y se reconoce como un trasgresor. Admite abiertamente que su operación lo volvió extraterrestre y lo privó de una parte de su humanidad. La creativa transición de la anatomía a la humanidad y la amigable aceptación de ser quién es le permiten concebir la idea de ser amado. En términos de Simon/e: *“un transexual puede transformarse en un extraterrestre amable”*. Simon/e sale de la dicotomía taxonómica mujer/varón y hace contacto con su propia realidad.

¿Al fin y al cabo, no es eso lo que todo análisis busca y a veces encuentra en cada caso? Simon/e da una lección de indudable valor cuando reflexiona y dice: *“¿cómo quiere que un analista hombre comprenda a una mujer?... (con turbación) será necesario para mí un analista que comprenda a las mujeres o a los hombres? ¿En ningún caso sería comprendida!”*. Tiene razón, aunque hace mal en quejarse, pues no es eso lo que necesita. Sabe bien que nadie puede darle certeza de su sexo desde las referencias o preferencias sexuales ajenas. Habrá algo propio de Simon/e que escapará a la comprensión de cualquiera. Reconoce esa cesura y se acepta, sin buscar que otro lleve a cabo la función. Acepta su masculinidad y le corrige la interpretación a la analista: *“¿por qué no decir que mi costado masculino me perseguía como el enfermero!”*.

¿Qué decir de femenino en este momento de ese análisis? ¿Cómo localizar su ser y su función? ¿Si el derrotero asociativo de ese muchacho lo lleva a preguntarse quién es y qué es y qué desea cuando desea ser y gozar? Femenino no es un hito fundacional que está en el principio, surge como horizonte donde se concluye o se avizora en el curso o en el final de la experiencia erótica. *“En la repetición,*

*nos damos cuenta al final...*” dirá Musil (1937[1954]:479<sup>16</sup>), al adelantarse a las ideas de J. P. Sartre: nadie promete quién será, sólo se acredita quién se ha sido.

El monstruo de la masculinidad es recuperado, tras ser enviado a “las zarzas”. Al aceptar lo desmentido, puede cuidar del pequeño varón que fue y que de algún modo sigue siendo. La armonía entre su Yo y su Ideal le permite sobre el final rectificar un aspecto de su previa identidad ilusoria que bien podría ser definida por Erikson como negativa. Simon/e admite al final que no hay manera de tener certeza y que debe aceptar en su juego sexual que participen por igual Simon y Simone. Para ello ha debido resolver la escisión que marcó a sus dos nombres. Ellos fueron dos modos igualmente infructuosos de nominar la naturaleza de Simon/e y por ello el nombrar es sintomático: es tan insuficiente nombrarlo Simon como nombrarla Simone. Y ello parece articulado a la pretensión de encontrar en el nombre propio la solución plena a una cuestión predicativa que se resuelve en la experiencia.

La curiosa apuesta del síntoma es que lo predicativo –la posición sexual- apela al sujeto en su deseo de ser, pues el nombre apunta a esa referencia. La confusión transexual no es menor que la de los que buscan en el género la solución para una atribución tan inconsistente como lo es la experiencia misma.

La posición sexual es un predicado que se define en el ejercicio de una práctica que se manifiesta. El transexual intenta resolver el predicado en el terreno del ser. Al confundir esos dos planos queda obligado a la solución cosmética de un cuerpo que resulta erróneo para el ejercicio sexual de ese sujeto. Nuestra psicopatología, que ha hecho del ser uno de los pilares diagnósticos entre psicosis y neurosis, no dudó en ubicar a los casos de transexualismo en el campo de las psicosis mono-sintomáticas. El caso de Simon/e muestra esa curiosa formación de síntoma que nos obliga a revisar nuestros propios esquemas.

---

<sup>16</sup> Musil, R. (1937): *Der Mann ohne Eigenschaften. L’homme sans qualités*. Paris, Seuil, 1954:479.





**Resumen:** La posición sexual es el resultado de una experiencia práctica definida por el deseo. Si surge como una definición a priori, resulta la imposición artificial de un género socialmente predefinido, sin asidero en la singularidad de la persona. El comentario del análisis de un paciente transexual sirve como ilustración del debate actual sobre las ideas de género y de ejercicio sexual.

**Descriptor:** Sexo, Género, Transexualismo, Transferencia, Psicosis.

*Female*

**Abstract:** The sexual position is the result of a practical experience defined by desire. If it emerges as an a priori definition, it becomes an artificial imposition of a socially predefined gender, without a foothold in the singularity of the person. The commentary on the analysis of a transsexual patient serves as an illustration of the current debate about ideas of gender and sexual exercise.

**Descriptors:** Sex, Gender, Transsexualism, Transference, Psychosis.

*Feminino*

**Resumo:** A posição sexual é o resultado de uma experiência prática definida pelo desejo. Se surge como uma definição a priori, resulta na imposição artificial de um gênero socialmente pré-definido, sem uma posição na singularidade da pessoa. O comentário sobre a análise de um paciente transexual serve como ilustração do debate atual sobre idéias de gênero e exercício sexual.

**Descritores:** Sexo, Gênero, Transexualismo, Transferência, Psicose.

**Carlos Moguillansky:** Médico (Universidad Nacional de Buenos Aires), especialista en Psiquiatría. Analista Didacta de la Asociación Psicoanalítica de Buenos

Aires (IPA). Especialista en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de la IPA. Profesor Titular del IUSAM. Magister (UNSAM). Autor de: *Diálogos Clínicos en Psicoanálisis* (en coautoría), México, 2006. *Clínica de Adolescentes* (en coautoría), Editorial Teseo, 2009. *Decir lo Imposible*, Editorial Teseo, 2010. *Las latencias*, Editorial Académica, Stuttgart, 2012. *El dolor y sus defensas*. Letra Viva. 2016.

## Referencias

- Ellis, H. (1897): *Sexual inversion*. Gutenberg: PDF.
- Ellis, H. (1903): *Analysis of the Sexual Impulse, Love and Pain, The Sexual Impulse in Women*. Gutenberg: PDF.
- Erikson, E.: *Childhood and society*. Norton. NY. 1950.
- Féré, C. (1888): *Dégénérescence et criminalité., essai physiologique*. Paris, Alcan
- Freud, S. (1905): *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*. Wien: 1905; G.W., Bd 5:27.
- Freud, S. (1921): *Massenpsychologie und Ich-Analyse*. Wien
- Freud, S. (1924): Der Realitätsverlust bei Neurose und Psychose. *Internat. Zschr. Psychoanal.*, Bd. 10: 374.
- Freud, S. Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtunterschieds. 1925. G. W. Band XIV. Frankfurt. Fischer Verlag, 2006.
- Freud, S. (1927) *Fetischismus*. Wien. G. W. Band XIV. *Ibid.*
- Kraft-Ebing, R. (1886): *Psicopathia sexualis. Eine Klinisch-Forensische Studie*. Stuttgart, Enke.
- Moguillansky, C.: “Exploración de un caso de travestismo” en *Perversiones y adicciones*. Ed Lumen. Bs. As. 2002.
- Moguillansky, C. Comentario sobre el trabajo de D. Quinodoz. *Ibid.*
- Moguillansky, C.: El lugar de lo propio en psicoanálisis”. *Clínica de adolescentes*. Bs. As. Teseo, 2009.
- Musil, R. (1937): *Der Mann ohne Eigenschaften. L'homme sans qualités*. Paris, Seuil, 1954.
- Stoller, R. (1968): *Sex and Gender*, London, Karnac. 1984.
- Quinodoz, D. (2002): Finalización del análisis de un/a paciente transexual: un ejemplo de validez general. *The Int. Journal of Psycho-Analysis*, Vol. 83:783. *Psicoanálisis*, Vol. XXV: 349, 2003.